

Plaza pública

para la edición del 2 de diciembre de 1994

Voz presidencial, y ciudadana
Miguel Ángel Granados Chapa

Cuando fue secretario de Educación, el doctor Ernesto Zedillo mantuvo en lugar destacado de su oficina, a la vista de sus visitantes, una máxima de Benito Juárez, sobre los deberes de austeridad y honradez de los servidores públicos. La reprodujo e hizo suya al asumir ayer la Presidencia de la República, en un discurso cuya nota sobresaliente fue el compadecimiento (es decir, el padecer con) entre el funcionario y el ciudadano. Es decir, dijo lo que la gente común dice sobre la situación mexicana, y lo que le gustaría escuchar en labios de quien no sólo puede quejarse, sino resolver.

Fue un discurso formulado desde el llano, no desde la cumbre. Es cierto que las palabras pueden servir para encubrir los hechos y las intenciones, pero si se le juzga en sus propios méritos, es preciso reconocer que el mensaje inicial del Presidente Zedillo estuvo impregnado del tono que en la calle expresa preocupación y zozobra, y no del que desde las oficinas superiores supone contar con todas las soluciones. No dejó de apuntar las que busca poner en práctica, como se espera de quien regirá las acciones públicas. Pero la voz presidencial fue concomitante con la voz ciudadana, y eso quizá denota

el propósito de sincronizar la hora del país con la hora de Los Pinos.

Agradeciblemente breve, pues apenas se extendió menos de setenta minutos, la alocución con que el Presidente Zedillo dio cuenta de sus motivaciones y sus propósitos no careció de la retórica obligada en circunstancias semejantes. Pero aun el elogio al Presidente Salinas, porción ineludible de esa retórica, resultó contrario a lo convencional, pues quedó contradicho por un severo diagnóstico sobre las franjas de la vida social en que con más detenimiento se detuvo Zedillo; Chiapas, inseguridad pública, justicia deplorable, democracia insuficiente. Se cumplió así, una vez más, el ciclo inexorable de gratitud y acusación, pues el propio prestigio sólo puede construirse mediante la exposición, y hasta la denuncia, de lo que no se hizo o se hizo mal.

Por ejemplo, al definir la pobreza como un fenómeno persistente, el nuevo titular del Ejecutivo no sólo trazó su propia visión sobre un tema crucial en el país de la desigualdad, sino que puso en duda la eficacia del combate a la miseria emprendido en los años anteriores. Para suavizar ese juicio implícito prefirió referirse a los "muchos" millones de mexicanos que sufren ese nivel de carencias, y ya no cuantificarlos con precisión, para no tener que repetir las cifras que se ofreció abatir hace seis años.

Muy de inicio el Presidente Zedillo abordó la cuestión de Chiapas. El examen mismo de la situación se distanció del expuesto por el gobierno ahora saliente, al

comenzar la crisis. Para Zedillo, son causas sociales, y no conjuras, las que motivaron el levantamiento zapatista. Quienes lo iniciaron y se sumaron a él no son infractores de la ley, sino "los que se han inconformado". Los fines de la negociación que ofreció reanudar (al mismo tiempo que se mantiene el alto el fuego) son los mismos de las fuerzas sublevadas: una paz justa y digna. Y definitiva, añadió el Presidente.

Para conseguirla, anunció el despliegue de actitudes e instrumentos propios de la moral y de la política. Que en ese punto no hablara de la ley no supone que se permita infringirla, sino que no la invoca como una camisa de fuerza, que debe prevalecer por encima de los requerimientos específicos de las comunidades en conflicto. No anticipó el mecanismo a emplear para concretar esos propósitos, pero pudiera no haber necesidad de un comisionado para la paz, si se encomienda esa tarea a la oficina que por disposición legal tendría que haberlo hecho desde el principio, la Secretaría de Gobernación.

Esteban Moctezuma, titular de ese ramo, ha comenzado a dar muestra (lo hizo aun en los días previos a su toma de responsabilidades) de una singular aptitud y una inclinación al trato con los diferentes, sobre la base del respeto a las diversas corrientes políticas. Es de esperarse que se consolide la armonía entre esa personalidad y las intenciones políticas declaradas por el Presidente al abordar, in extenso, el tema de la democracia política, necesitada de una reforma electoral "definitiva". Si bien puede objetarse por vana la

aspiración de darle ese carácter a una legislación que hasta ahora ha parecido cambiante "por naturaleza", no debe desestimarse en cambio la contundencia con que proclamó su voluntad reformadora en esa materia, ni su coincidencia con planteamientos ciudadanos ampliamente expresados.

Tampoco dejó duda sobre el estado en que halla la procuración de justicia, y en general el sistema judicial, respecto del que versará la primera iniciativa que envíe al Congreso, según su anuncio. Compartió la extendida creencia de que no se ha dicho la última palabra sobre los crímenes sobresalientes de los últimos meses, cuyas investigaciones "no han satisfecho a la comunidad" y luego de reconocer el "deficiente desempeño" de los responsables de la seguridad pública, anunció un remozamiento de la ley y la práctica en la procuración de justicia. Desde la tribuna dio las instrucciones respectivas al procurador Antonio Lozano, el diputado panista con licencia que encarará, entre otras, "la mayor amenaza a la seguridad nacional", como el Presidente Zedillo llamó al narcotráfico.

Leído con fuerza y convicción, pero sin el vuelo tradicional de la oratoria persuasiva (y también la utilizada por la demagogia), el final de la intervención de Zedillo llegó abruptamente, sin la paulatina elevación del énfasis que precede a la culminación. El destemplado "¡Viva México! que usó de colofón, no sirvió para coronar un discurso lírico que sacudiera a los oyentes. Fue, sin embargo, el punto final de una sensata exposición de dolencias sociales y de pautas para

aproximarse a su alivio. Semejante cordura no está mal en un partido cuyos jefes y candidatos nos ofrecieron siempre la piedra filosofal, y luego concluyeron su misión en medio del desastre.

indicaciones para la edición

1) Sumario

El discurso inaugural del Presidente Zedillo no se apegó a la fórmula tradicional donde campean los propósitos y las promesas, sino que abarcó un diagnóstico semejante al que se emite en la calle sobre problemas muy sentidos por la gente común.

2) Recuadro (con foto del Presidente Zedillo)

El Presidente Zedillo hizo suyo un párrafo de Juárez sobre la austeridad y la probidad de los funcionarios, al exhortar a sus colaboradores a marcharse del gobierno si su intención es amasar una fortuna, pues allí no es el sitio para hacerlo.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Voz presidencial, y ciudadana

El discurso inaugural del presidente Zedillo no se apegó a la fórmula tradicional donde campean los propósitos y las promesas, sino que abarcó un diagnóstico semejante al que se emite en la calle sobre problemas muy sentidos por la gente común.



Cuando fue secretario de Educación, el doctor Ernesto Zedillo mantuvo en lugar destacado de su oficina, a la vista de sus visitantes, una máxima de Benito Juárez, sobre los deberes de austeridad y honradez de los servidores públicos. La reprodujo e hizo suya al asumir ayer la Presidencia de la República, en un discurso cuya nota sobresaliente fue el compadecimiento (es decir, el padecer con) entre el funcionario y el ciudadano. Es decir, dijo lo que la gente común dice sobre la situación mexicana, y lo que le gustaría escuchar en labios de quien no sólo puede quejarse, sino resolver.

Fue un discurso formulado desde el llano, no desde la cumbre. Es cierto que las palabras pueden servir para encubrir los hechos y las intenciones, pero si se le juzga en sus propios méritos, es preciso reconocer que el mensaje inicial del presidente Zedillo estuvo impregnado del tono que en la calle expresa preocupación y zozobra, y no del que desde las oficinas superiores supone contar con todas las soluciones. No dejó de apuntar las que busca poner en práctica, como se espera de quien regirá las acciones públicas. Pero la voz presidencial fue concomitante con la voz ciudadana, y eso quizá denota el propósito de sincronizar la hora del país con la hora de Los Pinos.

Agradeciblemente breve, pues apenas se extendió menos de sesenta minutos, la alocución con que el presidente Zedillo dio cuenta de sus motivaciones y sus propósitos no careció de la retórica obligada en circunstancias semejantes. Pero aun el elogio al presidente Salinas, porción ineludible de esa retórica, resultó contrario a lo convencional, pues quedó contradicho por un severo diagnóstico sobre las franjas de la vida social en que con más detenimiento se detuvo Zedillo; Chiapas, inseguridad pública, justicia deplorable, democracia insuficiente. Se cumplió así, una vez más, el ciclo inexorable de gratitud y acusación, pues el propio prestigio sólo puede construirse mediante la exposición, y hasta la denuncia, de lo que no se hizo o se hizo mal.

Por ejemplo, al definir la pobreza como

un fenómeno persistente, el nuevo titular del Ejecutivo no sólo trazó su propia visión sobre un tema crucial en el país de la desigualdad, sino que puso en duda la eficacia del combate a la miseria emprendido en los años anteriores.

Para suavizar ese juicio implícito prefirió referirse a los "muchos" millones de mexicanos que sufren ese nivel de carencias, y ya no cuantificarlos con precisión, para no tener que repetir las cifras que se ofreció abatir hace seis años.

Muy de inicio el presidente Zedillo abordó la cuestión de Chiapas. El examen mismo de la situación se distanció del expuesto por el gobierno ahora saliente, al comenzar la crisis. Para Zedillo, son causas sociales, y no conjuras, las que motivaron el levantamiento zapatista. Quienes lo iniciaron y se sumaron a él no son infractores de la ley, sino "los que se han inconformado".

Los fines de la negociación que ofreció reanudar (al mismo tiempo que se mantiene el alto el fuego) son los mismos de las fuerzas sublevadas: una paz justa y digna.

Y definitiva, añadió el Presidente.

Para conseguirla, anunció el despliegue de actitudes e instrumentos propios de la moral y de la política. Que en ese punto no hablara de la ley no supone que se permita infringirla, sino que no la invoca como una

camisa de fuerza, que debe prevalecer por encima de los requerimientos específicos de las comunidades en conflicto. No anticipó el mecanismo a emplear para concretar esos propósitos, pero pudiera no haber necesidad de un comisionado para la paz, si se encomienda esa tarea a la oficina que por disposición legal tendría que haberlo hecho desde el principio, la Secretaría de Gobernación.

Esteban Moctezuma, titular de ese ramo, ha comenzado a dar muestra (lo hizo aun en los días previos a su toma de responsabilidades) de una singular aptitud y una inclinación al trato con los diferentes, sobre la base del respeto a las diversas corrientes políticas. Es de esperarse que se consolide la armonía entre esa personalidad y las intenciones políticas declaradas por el Presidente al abordar, *in extenso*, el tema de la democracia política, necesitada de una reforma electoral "definitiva". Si bien puede objetarse por vana la aspiración de darle ese carácter a una legislación que hasta ahora ha parecido cambiante "por naturaleza", no debe desestimarse en cambio la contundencia con que proclamó su voluntad reformadora en esa materia, ni su coincidencia con planteamientos ciudadanos ampliamente expresados.

Tampoco dejó duda sobre el estado en que halla la procuración de justicia, y en general el sistema judicial, respecto del que versará la primera iniciativa que envíe al Congreso, según su anuncio. Compartió la extendida creencia de que no se ha dicho la última palabra sobre los crímenes sobresalientes de los últimos meses, cuyas investigaciones "no han satisfecho a la comunidad" y luego de reconocer el "deficiente desempeño" de los responsables de la seguridad pública, anunció un remozamiento de la ley y la práctica en la procuración de justicia. Desde la tribuna dio las instrucciones respectivas al procurador Antonio Lozano, el diputado panista con licencia que encarará, entre otras, "la mayor amenaza a la seguridad nacional", como el presidente Zedillo llamó al narcotráfico.

Leído con fuerza y convicción, pero sin el vuelo tradicional de la oratoria persuasiva (y también la utilizada por la demagogia), el final de la intervención de Zedillo llegó abruptamente, sin la paulatina elevación del énfasis que precede a la culminación. El destemplado "¡Viva México!" que usó de colofón, no sirvió para coronar un discurso lírico que sacudiera a los oyentes.

Fue, sin embargo, el punto final de una sensata exposición de dolencias sociales y de pautas para aproximarse a su alivio. Semejante cordura no está mal en un partido cuyos jefes y candidatos nos ofrecieron siempre la piedra filosofal, y luego concluyeron su misión en medio del desastre.

El presidente Zedillo hizo suyo un párrafo de Juárez sobre la austeridad y la prohibición de los funcionarios, al exhortar a sus colaboradores a marcharse del gobierno si su intención es amasar una fortuna, pues allí no es el sitio para hacerlo.